

No somos irrompibles

(12 cuentos de chicos enamorados)

Elsa Bornemann

Ilustraciones de O'Kif

loqueleg

*Para todo el cielo
de Roxana Carina Stiglich
–niñita de alas rubias que
hermoseó mi alma
durante el tiempo de sus años
breves– con la certeza
de un eterno reencuentro.*

No somos irrompibles

Los cristales pueden quebrarse.
A veces, basta un leve golpe de abanico.
Las telas suelen desgarrarse al contacto
de una diminuta astilla.
Se rasgan los papeles...
Se rompen los plásticos...
Se rajan las maderas...
Hasta las paredes se agrietan, tan firmes
y sólidas como parecen.

¿Y nosotros?
Ah... Nosotros tampoco somos irrompibles.
Nuestros huesos corren el riesgo de fracturarse,
nuestra piel puede herirse...
También nuestro corazón, aunque siga funcionando
como un reloj suizo y el médico nos asegure
que estamos sanos.
¡CUIDADO! ¡FRÁGIL! El corazón se daña muy
fácilmente.

Cuando oye un “no” redondo o un “sí” desganado, una especie de “nnnnnsí” y merecía un tintineante “sí”...

Cuando lo engañan...

Cuando encuentra candados donde debía encontrar puertas abiertas.

Cuando es una rueda que gira solitaria día tras día... noche más noche... Cuando...

Entonces, siente tirones desde arriba, por adelante, desde abajo, por detrás... o es un potrillito huérfano galopando dentro del pecho.

¿Se arruga?

¿Se encoge?

¿Se estira?

No.

Late lastimado.

¿Y cómo se cura?

Solamente el amor de otro corazón alivia sus heridas.

Solamente el amor de otro corazón las cicatriza.

Mi amigo y yo lo sabemos.

Por eso somos amigos.

Con el sol entre los ojos

La única que se dio cuenta soy yo: Gustavo tiene un sol entre los ojos. Un pequeño sol colorado, de rayos desparejos, como despeinado en los bordes...

Cuando Gustavo mira, enciende cada cosa que mira.

La primera vez que lo advertí fue cuando puso antorchas a lo largo de la escalera de la escuela, una sobre cada peldaño, a medida que bajábamos...

Me asombré tanto, que no pude decir nada.

Otra vez, prendió las cortinas del salón de música. Yo estaba ubicada en la grada junto al ventanal y sentí que las espaldas me ardían de repente. Inquieta, busqué a Gustavo entre el





grupo de chicos que cantaban al lado del piano. Lo sorprendí mirando fijamente en dirección a mí.

Más tarde, cuando le pregunté cómo era posible que nadie más se diera cuenta, me contestó con una larga sonrisa.

¡Pero una tercera vez encendió un mediodía a las once de la noche! Fue en el mismo momento en que finalizaba la fiesta de mi cumpleaños y nos despedíamos con un beso ligerito en la puerta de mi casa. Entonces ya no pude soportar su silencio ni un minuto más. —¿Cómo explicártelo? —me dijo, medio avergonzado, cuando le exigí que respondiera a mi por qué—. Ni yo entiendo bien qué es lo que me está pasando... Parece que solamente

nosotros dos lo notamos... ¿Vas a ser capaz de guardar el secreto, no?

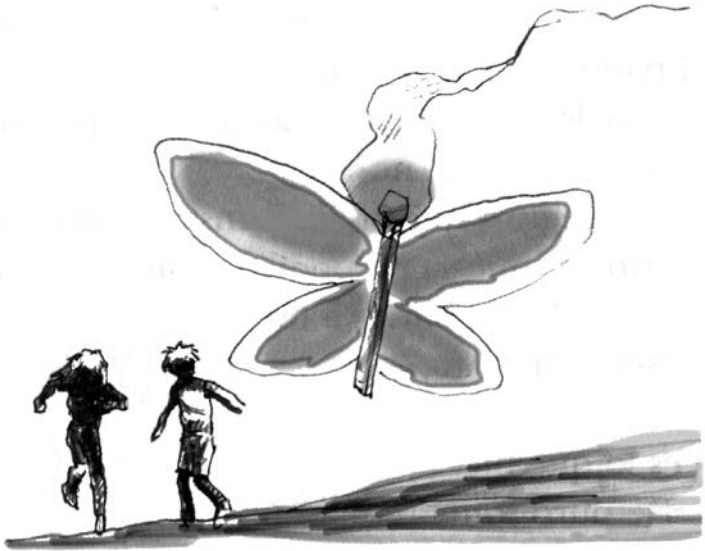
Le aseguré que sí sin pensarlo, porque lo cierto era que ya no podía desoír las ganas que tenía de confiarles a todos mi maravilloso descubrimiento.

Contárselo a la maestra, frente al grado, eso es lo que hice.

De puro tonta nomás, una mañana quebré lo prometido y me decidí: —Señorita... —le dije—. ¡Gustavo lleva un sol entre las cejas! ¿Usted no lo ve? —La maestra se balanceó en su silla, divertida. Las risas de mis compañeros sacudieron el aula. Gustavo me miró asombrado y la sala pareció quemarse. Allí estaba su sol, más brillante que otras veces, abriendo un caminito rojo con sus rayos. Un caminito que empezaba en su cara y terminaba en la mía. Un caminito vacío, completamente en llamas. Fulminante.

—¿Qué fantasía es esa? —exclamó la maestra—. ¡El único sol que existe es aquel! —y la señorita señaló el disco de oro colgado de una esquina del cielo, justo de esa esquina que se dobla sobre el patio de la escuela.

—Se burlaron, ¿viste? —me susurró Gustavo no bien salimos al patio—. ¿Qué necesidad tenías de divulgar el secreto? ¿Acaso no te basta con saber que es nuestro?



Sí. Ahora me basta. Aprendí que es inútil pretender que todos sientan del mismo modo. Aunque sean cosas muy hermosas las que uno quisiera compartir...

Desde entonces, no he vuelto a contárselo a nadie. Pero esta maravilla continúa desbordándome y necesito volcarla, al menos, en mi cuaderno borrador. Por eso, escribo.

En los recreos, casi siempre sigo siendo solo yo la que juega con Gustavo. —Es un pibe raro... —murmuran los demás chicos.

Y tienen razón. Sí. Gustavo es un muchachito diferente, pero por su sol, que únicamente

yo tengo el privilegio de ver. ¡Y es hermoso ser distinto por llevar un sol entre los ojos!

Gustavo. Mi más querido amigo.

Pasamos las tardes de los domingos corriendo por la plaza y él sigue encendiendo cada cosa que mira, una por una:

El agua de la fuente se llena de fogatas.

La arena bajo el tobogán es una playita incendiada.

Los árboles lanzan llamas a su paso, y hasta las mariposas, si las toca su mirada, son fósforos voladores...

Ahora que lo escribí, el secreto ya no me pesa tanto...

Estoy contenta y, sin embargo, tengo una duda: ¿seré yo su amiga más querida?

Me parece que sí, porque, aunque no se lo pida, Gustavo viene a buscarme a través de su caminito en llamas... Cuando llueve, él se apura a regalarme sus tibios rayitos... Cuando estoy triste, ilumina mi vereda hasta hacerme sonreír...

Por eso, aunque nadie lo vea, aunque me hayan dicho que es un disparate, aunque me vuelvan a repetir cien veces que es imposible, yo estoy segura, yo lo creo: Gustavo tiene un sol entre los ojos.

Mil grullas

Naomi Watanabe y Toshiro Ueda creían que el mundo era nuevo. Como todos los chicos. Porque ellos eran nuevos en el mundo. También, como todos los chicos. Pero el mundo era ya muy viejo entonces, en el año 1945, y otra vez estaba en guerra. Naomi y Toshiro no entendían muy bien qué era lo que estaba pasando.

Desde que ambos recordaban, sus pequeñas vidas en la ciudad japonesa de Hiroshima se habían desarrollado del mismo modo: en un clima de sobresaltos, entre adultos callados y tristes, compartiendo con ellos los escasos granos de arroz que flotaban en la sopa diaria y el miedo que apretaba las reuniones familiares de cada anochecer en torno a las noticias de la radio, que hablaban de luchas y muerte por todas partes.

Sin embargo, creían que el mundo era nuevo y esperaban ansiosos cada día para descubrirlo.

¡Ah... y también se estaban descubriendo uno al otro!

Se contemplaban de reajo durante la caminata hacia la escuela, cuando suponían que sus miradas levantaban murallas y nadie más que ellos podía transitar ese imaginario senderito de ojos a ojos.

Apenas si habían intercambiado algunas frases. El afecto de los dos no buscaba las palabras. Estaban tan acostumbrados al silencio...

Pero Naomi sabía que quería a ese muchachito delgado, que más de una vez se quedaba sin almorzar por darle a ella la ración de batatas que había traído de su casa.

—No tengo hambre —le mentía Toshiro, cuando veía que la niña apenas si tenía dos o tres galletitas para pasar el mediodía—. Te dejo mi vianda —y se iba a corretear con sus compañeros hasta la hora de regreso a las aulas, para que Naomi no tuviera vergüenza de devorar la ración.

Naomi... Poblaba el corazón de Toshiro. Se le anudaba en los sueños con sus largas trenzas negras. Le hacía tener ganas de crecer de golpe para poder casarse con ella. Pero ese futuro quedaba tan lejos aún...

El futuro inmediato de aquella primavera de 1945 fue el verano, que llegó puntualmente el 21 de junio y anunció las vacaciones escolares.

Y con la misma intensidad con que otras veces habían esperado sus soleadas mañanas, ese

año los ensombreció a los dos: ni Naomi ni Toshiro deseaban que empezara. Su comienzo significaba que tendrían que dejar de verse durante un mes y medio inacabable.

A pesar de que sus casas no quedaban demasiado lejos una de la otra, sus familias no se conocían. Ni siquiera tenían entonces la posibilidad de encontrarse en alguna visita. Había que esperar pacientemente la reanudación de las clases.

Acabó junio y Toshiro arrancó contento la hoja del almanaque...

Se fue julio y Naomi arrancó contenta la hoja del almanaque...

Y aunque no lo supieran: “¡Por fin llegó agosto!”, pensaron los dos al mismo tiempo.

Fue justamente el primero de ese mes cuando Toshiro viajó, junto con sus padres, hacia la aldea de Miyashima.¹ Iban a pasar una semana. Allí vivían los abuelos, dos ceramistas que veían api-larse vasijas en todos los rincones de su local.

Ya no vendían nada. No obstante, sus manos viejas seguían modelando la arcilla con la misma dedicación de otras épocas.

1 *Miyashima*: pequeña isla situada en las proximidades de la ciudad de Hiroshima.

—Para cuando termine la guerra... —decía el abuelo.

—Todo acaba algún día... —comentaba la abuela por lo bajo. Y Toshiro sentía que la paz debía de ser algo muy hermoso, porque los ojos de su madre parecían aclararse fugazmente cada vez que se referían al fin de la guerra, tal como a él se le aclaraban los suyos cuando recordaba a Naomi.

¿Y Naomi?

El primero de agosto se despertó inquieta; acababa de soñar que caminaba sobre la nieve. Sola. Descalza. Ni casas ni árboles a su alrededor. Un desierto helado y ella atravesándolo.

Abandonó el *tatami*², se deslizó de puntillas entre sus dormidos hermanos y abrió la ventana de la habitación. ¡Qué alivio! Una cálida madrugada le rozó las mejillas. Ella le devolvió un suspiro.

El dos y el tres de agosto escribió, trabajosamente, sus primeros *haikus*³:

*Lento se apaga
el verano.*

2 *Tatami*: estera que se coloca sobre los pisos, en las casas japonesas tradicionales.

3 *Haiku* o *haikai*: breve poema de diecisiete sílabas, típico de la poesía japonesa.